

sienes sudor de agonía. Conoce que va á morir y piensa con espanto en que, tal vez, no podrá despedirse de los seres queridos. Baja las escaleras medio desvanecido y llega á tiempo de ser recogido por los brazos de su mujer, que le deposita en el lecho humilde. Los niños se acercan y miran con ojos espantados el penoso estertor que comienza.

Pero falta uno; la noche ha cerrado, y el hijo que falta entra, precipitado y febril, y dice estas palabras lúgubres, que resuenan como una siniestra profecía junto al lecho de muerte:

— ¡Madre, el farol no luce!

Después se arroja al cuello del moribundo y cubre su faz desencijada de besos y lágrimas.

¡El farol no luce! Es la muerte, tal vez, para los navegantes; es el deshonor para el viejo torrero. Juana no vacila: abandona á su amor de toda la vida y corre por la escalera hasta el faro. Con mano temblorosa prende fuego á la mecha, y un destello blanco rasga las tinieblas; una luz blanca va á platear la cresta espumosa de las olas. Esta noche, el faro de Kerdouis lucirá como siempre.

Cuando vuelve ha muerto Matelot; en su boca hay una crispación que parece una blanca sonrisa. El silencio es interrumpido por hipos y sollozos de las infelices criaturas. Así transcurren diez minutos. ¡Pobre Matelot! ¡Infelices niños! Y ahora, ¿qué va á ser en el mundo de todos? ¿No sería mejor sumergirse en el fondo salobre, allí donde las irisaciones del faro trazan sobre las aguas regueros de plata, de esmeralda ó de rubí sangriento?

El mayor de los huérfanos sale otra vez á la angosta terraza, única expansión en el tétrico encierro, y, á los pocos instantes, torna angustiado y trémulo.

— ¡Madre, no gira la linterna!

Su voz se oye como una maldición insensata. ¡La linterna no gira! Es decir, la luz fija atraerá á los pilotos como á un refugio, y cientos de inocentes serán despedazados en la costa bravía. Matelot, rígido, queda solo en el lecho, estirado, inmóvil; sus ojos abiertos parecen haber dictado una orden severa. La familia trepa por las entrañas del torreón. Es verdad, la linterna

no gira. Matelot no ha podido colocar la última rueda, y la rueda es buscada en vano. El farol no gira por primera vez en cuarenta años, y es absolutamente preciso hacerle girar.

Su peso es enorme; la viuda y sus hijos se aferran al monstruo. Es necesario, irremisible, que dé vueltas. Y uniendo sus esfuerzos, realizando una labor de titán, bebiendo á un tiempo su sudor y sus lágrimas, comienzan el trabajo implacable, que tiene que durar hasta el alba... Y la linterna gira, por fin. Sobre el mar pasa un resplandor rojo, luego otro blanco, después otro verde. Cuando un pequeñuelo desfallece, la madre le anima con sus palabras, que parecen gemidos sobrehumanos: ¡Más, hijo mío, más!

Entre tanto, muy lejos, columpiando sus quillas poderosas, pasan los barcos. El pasaje ve los destellos acompasados, intermitentes, seguros, tricolores, como una bandera, lanzados con sorprendente regularidad matemática. Y sonriendo satisfecho el capitán, murmura:—Es el aviso que no falló jamás; es la máquina fría, perfecta y bienhechora; es el faro de Kerdouis.

Sólo cuando la luz del día llena de luminosidad el fanal esmerilado del cielo, la linterna para su ritmo majestuoso. La madre Matelot y sus hijos bajan las escaleras como espectros, llegan hasta el lecho mortuorio y caen desmayados, aniquilados, exánimes, junto al cuerpo del torrero, que consagró su vida á defender la ajena.

Francia lo sabe. ¿Creéis que desampara á las víctimas? No; Francia se apresura á abrir suscripciones, á proponer honores y recompensas, á cubrir á la viuda y los huérfanos con su pabellón inmortal.

Hombres: poned la mano sobre el corazón: comparad unos tiempos con otros, y decid si es absolutamente necesaria una guerra.

ANTONIO ZOZAYA.



José Carles

Al hacer una visita informativa al pueblo de Las Planas, hemos cumplido nuestro deber visitando cortesmente á la primera autoridad